

José Carlos Bermejo Barrera, *La fragilidad de los sabios y el fin del pensamiento*, Editorial Akal, Madrid, 2009, 103 pp.

José Carlos Bermejo Barrera, historiador de la antigüedad e importante teórico y filósofo de la Historia, es actualmente uno de los avisadores del “fuego” que se cierne sobre la universidad española. Es además un avisador conspicuo y sagaz. Viene haciéndolo hace tiempo en distintos textos y vuelve a la carga en este libro. Si en *La aurora de los enanos. Decadencia y caída de las universidades europeas* (Foca, Madrid, 2007) incidió –y sobre todo ironizó y hasta satirizó– sobre la pretendida conversión de las universidades en empresas –cosa querida, así como suena, por algunos–, ahora se ocupa de otra de las consecuencias directas de esta transformación (degeneración) de la universidad: la redefinición de lo científico, a efectos de su reacomodo en la nueva universidad. Este hecho conlleva, debe decirse inmediatamente, como condición y efecto, la “traición” de los profesores, los principales implicados por su oficio en lo científico-universitario.

Todo está relacionado. En los últimos tiempos asistimos a una “dictadura” de lo científico-técnico. Ese extraño romanista e historiador del Derecho –o más bien extraño a secas– que es Pierre Legendre lo llama “tecnociencia-economía”. Es lo que manda. Y de qué manera. Se ha impuesto, o se está imponiendo casi sin remisión, la idea de que todo el conocimiento y, por ende, el modo de llegar a él, es decir, aquello que se conoce como “investigación”, o es científico-técnico o no es. Un planteamiento bastante simple y esquemático pero que conlleva la práctica expulsión de la universidad de todo aquello que no es útil y rentable, en términos fundamentalmente económicos (sobre esta cuestión, como adelanto –y como alegato–, véase también de Bermejo Barrera, *Saber, poder y dinero: un alegato a favor de la libertad de investigación*, en *¿Qué es la historia teórica?*, Akal, Madrid, 2004, pp. 215-227). Esto tiene unas derivas bastante previsibles por lógicas. La más importante es esa concepción utilitarista de la universidad, en un sentido prácticamente empresarial. Eso que algunos, con una perspectiva muy condicionada, reducen a la privatización o la mer-

cantilización de la universidad, pero que es, sin duda, algo mucho más profundo. Tanto que el resultado final puede ser una universidad irreconocible frente a su pasado pero también frente al futuro que hasta hace poco podía augurarsele.

De este peligro, de este “fuego”, nos da cuenta Bermejo Barrera en este libro, con su contundencia y erudición habituales. Y lo hace en una doble perspectiva, insistiendo en dos de los presupuestos necesarios y, al mismo tiempo, consecuencias de este proceso transformador. Primero, actúa como un eficaz desenmascarador de quienes están dispuestos a traicionarse, a la universidad y a sí mismos, y a pasar por el aro. De quienes para sobrevivir en la universidad están dispuestos a perder su dignidad académica e incluso a transformar sus disciplinas al socaire de estos nuevos designios hasta el punto de hacerlas prácticamente irreconocibles. En segundo lugar, y al hilo de esto último, destaca la transformación que se estaría produciendo de la concepción misma de lo científico y del modo de hacer investigación. Una transformación que vendría propiciada con más intensidad no por quienes están, como tecnocientíficos, al abrigo seguro de su posición hoy prevalente, sino por quienes encontrándose en peligro de extinción están dispuestos a lo que sea con tal de sobrevivir. Algo humanamente comprensible –de algo hay que comer– pero difícilmente soportable desde cualquier otro punto de vista.

Al primer presupuesto-consecuencia señalado dedica el primero de los cuatro capítulos que componen el libro, un precioso texto titulado “La traición de los profesores y la pérdida de la dignidad académica”. Con este no disimulado guiño en el título al Benda de *La Trahison des clercs*, Bermejo relata la historia de cómo hoy muchos de los que forman parte de la universidad han dejado de creer en los principios y valores que le dieron sentido, poniendo así la base –no le tiembla el pulso a nuestro autor– para su próxima liquidación o su radical transformación. Un descreimiento que desemboca directamente en la traición, de la que es fundamento, y en que existan, como señala también Bermejo, numerosos filósofos, historiadores o sociólogos que parecen avergonzarse de su pro-

fesión y que se sienten acomplejados por no cultivar el conocimiento tecno-científico. Las consecuencias de todo ello son perfectamente previsibles en forma de vulgarización acomodaticia a una realidad que reclama utilidad y rentabilidad económicas y que rechaza, por inútil, el valor del conocimiento por sí mismo y de los valores, éticos y estéticos, a él asociados. Como no deja de destacar Bermejo, el empobrecimiento de un mundo con una universidad concebida de este modo es inevitable. Se trata de un mundo donde los intelectuales, los que cultivan el conocimiento por sí mismo y lo proyectan críticamente sobre la realidad, no tienen cabida. Por ello, de nuevo contundentemente, es necesario reivindicar “cuando hoy muchos profesores querrían ser empresarios –o una caricatura de los mismos–, políticos –o simples aduladores de los verdaderos políticos– o quizá compartir el poder y el terror que puede proporcionar el uso de la fuerza militar”, insiste el autor “la frágil dignidad de los intelectuales que alguna vez brilló momentáneamente en el transcurso de la historia”.

La situación es tan sombría que casi por inercia surge la esperanza. Una esperanza paradójica que es la que nos descubre el autor en los otros tres capítulos del libro, dedicados al otro presupuesto-consecuencia que detecta en este proceso de imparable degeneración universitaria. El primero de dichos capítulos, el segundo del libro, “Los arqueólogos de la tecnociencia” es la exposición de un caso, una demostración de cómo se puede adecuar una disciplina –la arqueología, en concreto– a estos nuevos parámetros *tecno-científico-económicos*. El objeto analizado por Bermejo –alguien pensara que su “víctima”– es un consolidado grupo de investigación de su universidad, la Universidad de Santiago de Compostela, y del CSIC dedicado a la “Arqueología del paisaje” (para quienes estén interesados –en sorprenderse sobre todo–, véase la página web de este grupo: [www-gtarpa.usc.es](http://www-gtarpa.usc.es)). En este capítulo, no exento de nuevo de ironía en alguno de sus pasajes, logra mostrar como es posible la adecuación de una disciplina a estos nuevos parámetros de la utilidad y la rentabilidad económicas. Para ello, como logra demostrar, es necesario contar con toda una estrategia institucional y su corres-

pondiente retórica pseudoerudita. Queda más que claro que es posible, que es perfectamente viable esta *re-creación* de una disciplina hasta el punto de hacerla irreconocible. Irreconocible aunque, eso sí, útil.

Que esto pueda suceder es perfectamente factible tratándose de cosas tan relativas como son la ciencia, el saber, las disciplinas en que éste se organiza o algo tan variable como “tener razón”. De ello da cuenta en los dos últimos capítulos del libro en los que se ocupa de la artificiosidad y la fragilidad del llamado conocimiento científico. En estos dos capítulos, hay un reconocimiento, teñido de cierto fatalismo, de que lo que está sucediendo es perfectamente posible (aunque lo contrario, de ahí su carácter relativo y contingente, también lo sería). Otra cosa es que lo que está sucediendo guste. A Bermejo es claro que no le gusta. Y a nosotros tampoco.

César Hornero Méndez

James A. Brundage, *The Medieval Origins of the Legal Profession; Canonists, Civilians and Courts*, Chicago, University of Chicago Press, 2008, xvii + 607 pp.

James A. Brundage, profesor emérito de la Universidad de Kansas, es un reconocido historiador del derecho canónico medieval. Sus publicaciones se han orientado en dos direcciones: la influencia de la legislación canónica en la moral sexual en Europa y en el estudio de la formación de los juristas como clase social desde Roma hasta los albores del Renacimiento.

El libro que aquí reseñamos es una publicación de síntesis de una serie de trabajos encaminados en la segunda de las direcciones que he mencionado antes. Su interés para una revista dedicada al estudio de la Historia de las Universidades radica en las consideraciones que se encuentran en varios capítulos, referentes a la formación de los juristas en Roma y en la Edad Media.

De hecho, el libro muestra la preparación intelectual de los juristas antes, durante y des-